

**ya no
TINTAS
NADA**

XENON



ESPASA ES POESÍA

YA NO TINTAS NADA

Rubén de la Cruz

Xenon



ESPASA ESPOESÍA

ESPASAEsPOESÍA

© Rubén de la Cruz, 2016
© De las ilustraciones: Sandra de la Cruz, 2016
© Espasa Libros S. L. U., 2016

Diseño de maqueta de colección: Andrés Mengs

Maquetación: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 4.706-2016
ISBN: 978-84-670-4722-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

La ignorancia de no querer haber sabido

Irene X

¿Habéis jugado alguna vez al «chocolate inglés»? Si no lo habéis hecho, os diré que sí. Pese a ello, os explicaré el juego.

Uno la paga.

En todo juego hay uno que la paga. Supongo que esto lo tenemos claro. El que la paga está contra la pared.

En todo juego hay uno que, además de pagarla, está contra la pared.

Contra la pared, el que la paga cuenta hasta diez y, después, se da la vuelta. El resto de jugadores va acercándose a la pared mientras este cuenta de espaldas. Una vez que se vuelve a observar, todos han de paralizarse.

El que la paga, entonces, puede ver con claridad quién va ganando: aquel que esté congelado situado ya a escasos pasos de él.

El que la paga sabe que, en cuanto empiece a contar —ciego, contra la pared—, este alcanzará dicha pared haciéndose ganador del juego y expulsando a quien estuvo aguantando el miedo a la meta.

¿Os explico el escondite, el pilla-pilla, polis y cacos y demás juegos o ya hemos caído todos en el terrible golpe de asumir que llevamos haciendo el amor desde niños?

Es sólo que, a veces, no queremos haber sabido.

Unas, por la ilusión en la inocencia de volver a tocar la rosa por primera vez, aventurado al tacto suave y no a la espina.

Otras, porque reconocemos que el conocimiento es la libertad absoluta para cometer errores y, como niños que pintan cruces en el suelo, no queremos volver a equivocarnos. Aun sabiendo que sí.

Este chico con poliacento y patria llena de aurículas no quiere saber nada.

Este libro no quiere que sepas nada, pero yo sí.

Tres mensajes:

Ámate,

Ámale,

Ámales.

El primero es indispensable para realizar los siguientes. ¿Os habéis tapado los ojos? No me importa.

Yo no quise saber, pero vomité la ignorancia. Ámate antes de que no sepa hacerlo otro, cuida a tus lobos, lame a tu manada, comparte lo cazado con las manos, aprende a no volver a cazar nunca más.

Aprende que la única forma de dejar de ser presa es dejar de ser también el maldito cazador.

Entonces ámale, ámales. Con la misma saliva con la que sellas tus propios zarpazos crea una capa sobre la piel de los tuyos.

Protegerse con amor. Porque hacerlo con odio sólo es exponerse a otro peligro.

Este libro está lleno de manchas de tinta invisibles.

Manchas que permanecerán sin ser visibles a los ojos del lector, pues perdieron color, pero no forma.

Y Rubén, como un lactante de tigre, se entretiene haciendo relieves de colores con su dolor.

Nos lo presta. Nos exige su devolución, porque Rubén, si es algo por encima de músico o escritor, es bueno.

Y no quiere que nos quedemos con un dolor que no nos corresponde.

Él sólo nos abre su mano, mostrándonos la palma, como diciendo: «Mirad, todo esto fueron clavos».

Y están ahí fuera.

No espera que se los quiten, sólo que nadie más los padezca.

Como el lobo que sigue caminando con la trampa para ratones en la pata y la lágrima de haber caído en el lugar erróneo.

Yo he visto a Rubén llorar. Vosotros diréis: «Yo también». Cuando acabéis este libro.

Pero es que yo le he visto llorar de risa.

¿Os acordáis de aquella tontería que solté hace años hablando de sexo?

Pues sigo pensando que es más sano correrse de risa.

Rubén tiene la cura y en lugar de usarla la distribuye. Rubén es un buen chico. A mí me encanta decir que Rubén es un buen chico porque al muy idiota a veces le gusta jugar a ser el malo y no se da cuenta de que los malos siempre pierden.

Y de que esto no es un juego.

Así fue como el lobo, queriendo hacerse el valiente, cargó años con la culpa y los dientes limpios. Y una niña cubierta de sangre ajena volvió a casa tranquila.

Esto no es un cuento, ya están todos escritos.

Y los mejores siguen protegidos, entre líneas.

Podéis caminar sobre la cruz descalzos, sus dientes son sutura y no desgarro.

Este lobo herido ha usado su propia sangre para que sepáis por dónde no ir con la certeza de que iremos por donde nos de la gana.

¿Os sabéis el de la tinta china?

Anda, pasad.



s d
|
1 c

El vendedor de heridas

En un lugar lejano oculto del mapa se encontraba una pequeña aldea silenciosa.

En ella vivía un hombre de unos cincuenta años, mediana estatura y barba desaliñada. Vestía un sombrero negro y una bufanda a juego. Tenía una curvatura en la espalda muy característica y llevaba gafas con lentes pequeñas.

Su nombre era Diego.

Diego tenía una vida bastante complicada. Siempre andaba metido en problemas. Problemas con el amor, con las amistades, con su trabajo, con su familia. Tenía deudas económicas y apenas lograba respirar a fin de mes.

Cierto día se puso a pensar en cómo aprovechar esa situación.

—Ya está. Voy a vender todos mis problemas, mis heridas y mis preocupaciones. Engañaré a la gente alegando que son piedras preciosas traídas del Lejano Oriente y, al menos, así me sacaré algo de pan —se dijo para sí mismo.

Rápidamente sacó unos frascos de los cajones de la cocina y comenzó a rellenar cada uno con sus heridas y preocupaciones.

Al introducirlos, adquirirían colores vivos: rojo, amarillo, verde, azul... en función de la intensidad o la magnitud del problema.

Brillaban mucho y resaltaban por encima de otras cosas vulgares.

Cogió un carrito viejo del desván, cargó todos sus frascos y salió a la calle con ellos.

Se colocó en una esquina cerca de su calle y pregonó a pleno pulmón:

—¡Gemas traídas de Oriente! ¡Vengan, vengan, están a bajo precio y brillan como nunca! ¡Acérquense!

Ante los gritos, nuestro vendedor de heridas atrajo la atención de muchos curiosos, que no dudaron en acercarse a cotillear.

La gente, asombrada, comenzó a comprarle los frascos y pronto se hizo conocido en el pueblo.

Ya no sólo los ciudadanos de a pie compraban su mercancía a nuestro protagonista, también duques y altos cargos se acercaban a la esquina únicamente para obtener esas valiosas adquisiciones.

La suerte era inversa para Diego: a pesar de ganar mucho dinero, seguía teniendo problemas.

Cuanto más ganaba, más gastaba. Y cada vez tenía más problemas y deudas. Confiaba menos en sus amistades, no creía en el amor, se separaba cada vez más de su familia.

Sin embargo, a él aquello no le importaba, porque gracias a eso tenía más producción para poder seguir vendiendo, que, al fin y al cabo, es lo que él deseaba en ese momento.

Cierto día un niño se acercó al puesto de nuestro protagonista. Llevaba en su mano unas cuantas monedas que su madre le había entregado para comprar uno de sus frascos.

Se quedó un rato mirando el carro y, al final, señaló uno de los recipientes.

—Ese, caballero. Quiero ese.

Diego, amablemente, se lo dio, pero antes de irse se dirigió a él:

—Chico, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, señor —respondió el niño con una sonrisa en el rostro.

—¿Puedo preguntarte por qué me has comprado este frasco?

—No lo sé, señor. Simplemente, me ha gustado desde el primer momento en que lo vi. Me parece precioso y digno de tener guardado.

Después se giró y corrió calle abajo en busca de su madre.

Diego se quedó pensando un rato y, mientras volvía en sí, divisó cómo un señor de aspecto enigmático le observaba desde no muy lejos. Iba tapado con una gabardina negra, llevaba un cigarro en la boca y tenía una altura bastante considerable.

El encapuchado se acercó al carrito sin pronunciar palabra alguna.

—¿Puedo ayudarle en algo, caballero? —preguntó nuestro protagonista.

El hombre se quedó pensando unos segundos y respondió:

—Sí, tengo una pregunta. Si no es mucha molestia...

—Pregunte, claro, ¿por qué no? Adelante —contestó Diego.

—Verá. Llevo un rato observando cómo no para de vender su mercancía en esta esquina, cómo se le acerca tanta gente y la adquiere. Y, aun así, me he fijado y no para de tener siempre más frascos disponibles para vender más y más. Dígame, ¿se ha preguntado alguna vez por qué tiene tanta facilidad para coleccionar siempre heridas? ¿O quizá debería decir «gemas preciosas» traídas de Oriente? —preguntó el encapuchado con tono burlesco al pronunciar el final de la frase.

Nuestro vendedor se quedó asombrado, no sabía muy bien qué responder.

Mentir no podía, porque al parecer había descubierto la verdad de los frascos y de su contenido.

Improvisó con sinceridad:

—Pues no lo sé, señor. Supongo que soy un hombre desdichado en todos los aspectos y esta es la única forma que tengo de ganarme la vida.

El caballero suspiró y soltó una leve sonrisa.

—No, amigo mío, esa no es la razón —continuó—. La razón de que tengas siempre más y más frascos es precisamente porque los vendes. Si te deshaces de tus problemas y no aprendes, jamás conseguirás la experiencia suficiente para enfrentarte a ellos. Eso te llevará a una vida en la que caerás una y otra vez en los mismos errores, sufriendo y sacando lo peor de cada situación. Por eso todo el mundo te compra. Por eso todo el mundo quiere tener tus frascos. Porque todo el mundo desea la experiencia, porque todo el mundo empieza a despreciar la herida.